

Quenac, isla

Chile entero

Por Manuel Dannemann

Desde Puerto Montt hacia Castro, rumbo a Quenac, sobre un trepidante bus, para trabajar en un proyecto de investigación que realizo con el profesor José Muñoz, de la primera ciudad mencionada, con el patrocinio de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y el apoyo financiero del Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico del Consejo Superior de Ciencia.

Mi vecina de asiento, intrigada por los apuntes que hago y guardo en mi abultado portadocumentos negro, mirándome de reojo, me dice creer que soy "escritor", y en repetidas ocasiones indaga acerca del "maletín misterioso"; pero no alcanzo a tranquilizarla, ya que por consejo del conductor me bajo en la localidad de Llau-Llau, a escasos kilómetros de Castro, para ganar tiempo y esperar allí otro bus para seguir a Achao, que, por razones horarias, podría escapárseme entre las calles de dicha ciudad.

Hay que pasar por Dalcahue, de bien merecido prestigio por sus tejidos de lana, entre los que descuellan las alfombras de grandes flores policromas con incisivos campos rojos. Después, un transbordador me lleva a la zona de Quinchao, y tras las repechadas finales por sonrientes colinas llego a Achao, cabecera de comuna, donde recuerdo la sugerencia de un experimentado compañero de ruta y acudo al hospedaje del restaurante y hotel "Sao Paulo", cuyo nombre confirma la generosidad toponímica internacional de Chile Entero, comprobable, además, entre muchos casos, con la fuente de soda "Hawai", en plena pampa salitrera, o con el poblito de Polonia, en las cercanías de la colchaglina San Fernando.

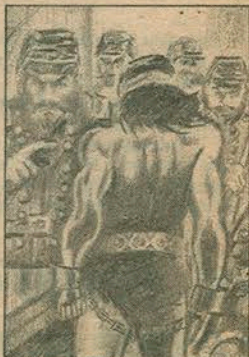
A las 10 horas del día siguiente comienza la navegación a Quenac, isla vecina a la de Cahuach, célebre ésta por su festividad de El Nazareno con su abigarrada procesión de banderas.

La de mi destino, cuya cartografía se asemeja a la forma de un cuero de toro, muestra su villa y sus predios rurales diseminados por toda su superficie, sobre la que habitan unas ochocientas personas, en la mayoría de las cuales, como es común en Chiloé, convergen el oficio de agricultor-ganadero, de pescador y de comerciante.

Recién desembarcado, en casa de mis anfitriones Víctor Hugo Barria y su señora Noemí Villegas, profesores de la Escuela de la Villa de Quenac, y luego con la directora, doña Ángela Álvarez, entramos derechamente en materia: el estudio y probable reactualización de la *Comedia de Moros y Cristianos*, obra teatral folklórica propiamente dicha, representada por última vez el año 1965, y sólo allí.



LOS CACIQUES Menchiqueo, Melín, Marihual, Pichunlau y Cañuepán.



¡NO QUIERES hablar, eh... está bien, llévasele teniente y hágalo fusilar de inmediato!

Nuestras raíces

Alzamiento araucano de 1881:

El fuerte de Temuco

Texto: Manuel Reyno Gutiérrez Dibujos: Carlos Santander

¡Ordenanza!, gritó el comandante Pascual Cid, ¡Diga a mi ayudante, el teniente Lara, que me traiga al indio que acaban de apresar!

¡A la orden mi comandante!, contestó el soldado que se encontraba en la puerta del despacho del comandante en el Fuerte de Traiguén.

Un momento después, se presentaba el teniente, seguido por dos soldados que conducían a un indio con las manos amarradas a la espalda.

¿Este es el indio que estaba robando caballos en los alrededores de Traiguén?

¡Sí, mi comandante!, contestó el teniente. Eran tres y los otros dos cayeron haciendo frente a la patrulla del sargento Araya.

El comandante Cid clavó la vista en el mapuche, que lo miraba manifestando en su semblante un acentuado gesto de odio.

¿Cómo te llamas y a que tribu perteneces?, interrogó.

El mapuche se mantuvo impertérrito. ¡No has entendido, imbécil, lo que te preguntó!, gritó el comandante, pero el indígena permaneció inmutable.

¿No quieres hablar, eh... está bien llévasele, teniente, y hágalo fusilar de inmediato.

Los soldados quisieron tomar los brazos del indio, pero éste los esquivó y dirigiéndose al comandante le dijo:

¡No me mates, señor taita, yo te voy a decir lo que quieres saber, pero con la condición de que no se lo digas a mi cacique, pues éste me hará castigar por delator de mis compañeros.

¿Está bien, habla y no temas que te vayamos a delatar.

Yo soy capitán cona. He sido mandado a robar caballos en compañía de otros mocetones. Estos caballos son para darlos a los que no los tienen: pues el alzamiento así lo exige. Este es general, están comprometidos los cuatro butalmapus. (Zonas en que los araucanos dividían su territorio). Ya es cosa resuelta por todos los caciques arribanos y abajinos de concluir con los pueblos que se han hecho desde el Biobío para acá, desde la fundación de Mulchén y Angol. Se tomarán todos los fuertes y una vez tomados, los caciques se reunirán en los campos de Quechereguas para atacar Angol, Collipulli, Mulchén y todos los pueblos hasta llegar al Biobío. "Este es el plan que tienen los caciques; porque se dice que el gobierno ha perdido sus soldados en el Perú y que los últimos que fueron también serán perdidos; siendo así, ya no tendrán más soldados que mandar en auxilio de estos pueblos; así es que en cinco días más, tendrás vos el Butamalón aquí mandado por Menchiqueo, Melín, Marihual y Pichunlau. Andecul será tomado por Pulebu y otros.

¡Ah!, con que ésas tenemos y ¿parece que están muy seguros de triunfar, no?

Tienen muy seguro de tomarlo, porque ya saben que aquí hay muy poca gente y que no tienes como defenderte. Ya en Guilol hay reunidos unos seiscientos conas y esperan reunir dos mil más para atacar aquí, y Andecul será tomado por doscientos. Te prevengo, señor taita, que lo que digo es la verdad: pero no mates a tu hijo que soy yo".

Las revelaciones del indígena eran hechas al comandante Cid el 26 de enero de 1881 y a las 7 de la mañana del día siguiente los indios se presentaban ante Traiguén. Dada la alarma, cargaron sobre los mapuches el capitán del batallón Angol Félix Antonio Caryacho y el capitán Venegas del Escuadrón Nacimiento, logrando hacer huir a los atacantes. Era el comienzo del gran levantamiento de 1881, tal como lo había dicho el prisionero.

Cid comunicó la alarma a los fuertes de Andecul, Los Sauces y Lumaco, de su dependencia, y al Cuartel General de Angol. Pronto toda la frontera estaba en llamas. Los indios atacaron con mal éxito los fuertes chilenos, pues fueron repelidos sus intentos, no sin que dejaran las huellas de su paso, incendiando las casas de los colonos y matando a muchos de ellos. La alarma era muy grande y llegó hasta Santiago, obligando al gobierno a tomar una medida que terminara de una vez por todas con la lucha en la frontera.

Afortunadamente para Chile, no se habían cumplido las esperanzas de los mapuches y

las batallas de Chorrillos y Miraflores habían dado como consecuencia la ocupación de Lima, de modo que el Presidente Pinto ordenó el alistamiento de un cuerpo de ejército en Angol y designó como su representante al Ministro del Interior, don Manuel Recabarren, para dirigir como Ministro en Campaña las operaciones de avance de la frontera hasta el Cautín.

El Cuartel General de Angol fue encargado de preparar una división de dos mil hombres de las tres armas para operar hacia la línea del río Cautín. Se designó comandante al teniente coronel Evaristo Marín y jefe de Estado Mayor al teniente coronel Manuel Modesto Ruminot. Componían las fuerzas los batallones movilizados Biobío y Ñuble y los escuadrones de Carabineros de Angol y Carabineros de la Frontera. El 4 de febrero la infantería comenzó a salir de Angol con destino a Traiguén y el 10 partían con igual destino el Estado Mayor y el Ministro Recabarren. Punto de reunión de los efectivos era la plaza de Traiguén.

Junto al Ministro Recabarren marchaban los ingenieros Eugenio Poisson, encargado de estudiar el trazado del ferrocarril que se proyectaba hacer llegar a Traiguén, y el ingeniero topógrafo Teodoro Schmidt. Como proveedor de las fuerzas iba don José Bunster, el intendente del Ejército Matías Riosco, el secretario Beltrán Mathieu y otros funcionarios. Escortaban al Ministro trescientos hombres de caballería, que además debían vigilar el convoy de trescientas carretas en que se conducía la impedimenta.

El 12 de febrero el ejército comenzaba su marcha en demanda del río Cautín. A medida que se adelantaba hacia el sur se veían los humos de los incendios, causados por los pastizales por los indígenas, creyendo que, con este medio, lograrían impedir las operaciones chilenas. El 13 se alcanzaban las márgenes del río Quino y se fundaba el Fuerte "Manuel Recabarren", que no conservó este nombre sino el de Quino. Aquí se dejó una guarnición de 250 hombres y se continuó la marcha para ir a construir otro fuerte, el día 16, en Quillem.

El día 18 se llegaba al Cautín por el camino del Zaco y se reconocía el terreno para el establecimiento de un fuerte a orillas del río. El lugar más aparente era el vado que cruzaba el camino al este y sitio por el que pasaban las tribus, para efectuar sus reuniones al oeste del río. Este punto era indispensable conservarlo, de manera que el Cuartel General lo eligió como lugar de valer estratégico para establecer el dominio de la región. El fuerte se denominó Pillalebún y desde este lugar se enviaron dos comisiones para abrir caminos: una a cargo de los capitanes Temistocles Castro, Caupolicán Santa Cruz y el alférez Francisco Silva, con 80 hombres y asesorados por el ingeniero Poisson, debía hacerlo hacia el poniente y otra con una capitán y 40 hombres del Ñuble asesorados por el ingeniero Teodoro Schmidt, lo hacía en dirección al Fuerte de Quillem.

El 23 se alcanzaba un lugar al norte del río Cautín, denominado vado de Temuco, lugar también estratégico por ser el paso obligado de las tribus de Maquehua. El sitio se reconoció de inmediato y el Cuartel General determinó su ocupación y establecimiento de un fuerte. Los trabajos se iniciaron inmediatamente a cargo del comandante Pedro Cartes y de su escuadrón de Carabineros de la Frontera. Temuco estaba fundado.

El 24 se presentaban los caciques Antonio Coñuepán y Francisco Paillal a solicitar que se retiraran las fuerzas del vado de Temuco, sin conseguir su objetivo. En vista de ello comenzaron a hostilizar a los soldados que Recabarren había dejado como guarnición y que a cargo del comandante Pedro Cartes tenían como misión mantener firmemente la posesión de ese lugar de la frontera.

Numerosos encuentros tuvieron lugar entre el 27 de febrero y el 10 de marzo, en que las bajas experimentadas a manos de los soldados de Cartes y del mayor Bonifacio Burgos, convencieron a los indígenas que la era de la lanza había pasado, y los winchester de repetición hacían infructuosas las cargas de caballería. La paz iba a llegar y la Frontera se integraba a Chile.

36 1003